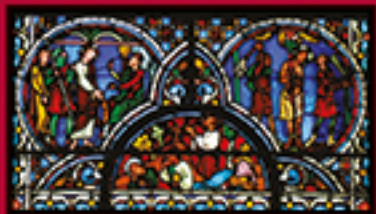




Bernabé Dalmau

PASCUA DE CRISTO,
PASCUA DE LOS
CRISTIANOS



Bernabé Dalmau

Pascua de Cristo,
Pascua de los
cristianos

Colección Emaús 128
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Fotografía de la cubierta: Vidriera de la iglesia de San Pedro de Chartres

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-9805-880-2

Depósito legal: B 1907-2016

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Sumario

I. Jesucristo, el testigo fiel.....	7
1. Jesucristo, testigo	9
2. El cristiano a través de Jesús se convierte en testigo	14
3. Dar testimonio hasta el extremo.....	16
II. Pascua, la fiesta de los cristianos	23
1. La Pascua de la Biblia	26
a) Los orígenes	26
b) En tiempos de Jesús	29
2. La Pascua de la Iglesia	34
a) Cómo la celebraba	34
b) Valor y antigüedad de la Pascua semanal.....	35
c) La fecha de la Pascua	36
d) El futuro de la fecha de la Pascua.....	37
e) El sentido que se ha dado a la Pascua.....	38
f) Cinco aspectos de la teología de la Pascua	39
3. ¿Cómo puede convertirse la Pascua en una fiesta?	43
III. Resplandece el misterio de la cruz.....	47
1. Vivir de la Semana Santa.....	47
2. Límites cronológicos de la Semana Santa	49
3. El misterio pascual	51
4. El escándalo salvador de la cruz	53
5. La cruz, esperanza única	56
IV. Los sacramentos pascuales	59
1. Cómo la Iglesia modeló la celebración de los sacramentos.....	61

a) El catecumenado	63
b) El bautismo	66
c) La confirmación	73
d) La Eucaristía	75
2. Los sacramentos se identifican con la misma vida cristiana.....	78
3. Vivir los sacramentos en plenitud	82

I. Jesucristo, el testigo fiel

La primera vez que tuve entre mis manos un recopilatorio muy completo de Actas de los mártires, me sorprendieron dos cosas. La primera, la gran cantidad de testimonios, a pesar de que el compendio solo pretendía incluir los de la antigüedad cristiana. Y la segunda, que el editor empezara el libro transcribiendo los relatos de la pasión de Jesucristo según los evangelios.

Efectivamente, no solamente era pedagógico vincular el testimonio de los mártires de la antigüedad con la persona de Nuestro Señor, sino que este vínculo hacía más comprensible el sentido de la pasión y muerte que sufrían. Y ayudaba a superar una tentación frecuente en nuestros días: considerar que los que llamamos mártires son simplemente cristianos víctimas de situaciones políticas que habían descargado sobre ellos odios y apasionamientos y no principalmente personas que exponían su propia vida por la causa de Cristo. El inicio del tercer milenio ha visto multiplicarse el número de los que son perseguidos y asesinados únicamente por el hecho de ser cristianos. Oriente Medio, en la segunda década, se va vaciando de cristianos que encuentran la muerte o se ven obligados a emigrar.

La continuidad entre pasión de Jesucristo y pasión de los mártires –las actas de los mártires se llaman pasiones– ayuda a comprender el sentido del testimonio cris-

tiano. Mártir quiere decir testigo, y la vida cristiana no es otra cosa que dar testimonio de la verdad de Dios. Subrayar este vínculo entre la persona de Cristo y el sentido de la vida cristiana a través de estos cristianos que han dado su vida por la causa de Jesús ayuda a comprender el misterio pascual y los que mediante el martirio han vivido en su propia carne lo que sacramentalmente celebra la Iglesia a lo largo de la Semana Santa. En otras palabras: el mártir no es una persona alcanzada por el azar sino un testimonio de fe. Y dar testimonio, aunque sea de forma incruenta, forma parte del vivir cristiano.

Al margen del Triduo Pascual, la oración de consagración del crisma contiene una frase de gran calidad que acostumbra a pasar desapercibida: «...este óleo que, con la cooperación de Cristo, tu Hijo, de cuyo nombre le viene a este óleo el nombre de Crisma, infundas en él la fuerza del Espíritu Santo con la que ungiste a sacerdotes, reyes, profetas y mártires». Estamos acostumbrados a la trilogía «sacerdotes, reyes, profetas» que caracteriza la dignidad del cristiano y sintetiza el triple servicio de santificar, gobernar y enseñar propio del ministerio ordenado. ¿Y el martirio? De aquí la necesidad de redescubrir el martirio como dimensión de la vida cristiana que sintetiza la unción que recibe cada creyente en el momento del bautismo y de la confirmación. Unción que, los que tienen la misión de hacer más especialmente presente el sacerdocio de Cristo, reciben también en el momento de ordenación presbiteral o episcopal.

Es decir, que el testimonio (que es lo que quiere decir la palabra «martirio») reúne las tres facetas por las que

designamos la función mesiánica de Jesucristo. Todos los bautizados participamos de esta función y todos tenemos el testimonio como acreditación de una fe, esperanza y caridad que Dios infunde en el alma del cristiano.

Aquellas personas a quien Dios da la gracia del martirio –ya en el siglo XX que dejamos fueron más numerosos que en los llamados siglos de las persecuciones– reciben en germen, por la unción del bautismo, una llamada a dar testimonio. Cada uno lo da de acuerdo con la vocación con que se concreta el compromiso bautismal. Aquel compromiso que se renueva en el corazón de la Vigilia Pascual.

1. Jesucristo, testigo

En determinadas lenguas, la palabra «testimonio» puede referirse tanto a una acción («dar testimonio») como al sujeto de esta acción («el testigo»). Las dos palabras de la misma raíz tienen un origen jurídico, porque hacen referencia a dar fe de algo conocido. Donde hay un testigo, donde hay alguien que da testimonio, hay una acción previa conocida.

Tanto si aplicamos el concepto a Jesucristo como a los cristianos, el testigo –valga la redundancia– testifica, da fe de lo que conoce y garantiza su autenticidad.

Si hablamos de Jesucristo como testigo, es porque el Nuevo Testamento le da este apelativo. Una de las cartas que el Libro del Apocalipsis dedica a los siete ángeles –es decir, a los dirigentes– de las comunidades, concretamente al de la Iglesia de Laodicea, introduce su

mensaje con estas palabras: «Esto dice el Amén, el testigo fidedigno y veraz, el que está en el origen de las cosas creadas por Dios» (3,14). Ya en el inicio del libro, la salutación menciona a «Jesucristo, el testigo fidedigno, el primero en resucitar de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra» (1,5), tal como, más abajo, dice del Mesías justiciero: «Su jinete, llamado el Fidedigno y el Veraz, juzga y combate con justicia» (19,11).

Con estas tres citas del último libro de la Biblia tenemos una descripción de Jesucristo como testigo. Su testimonio es descrito a la luz de su resurrección que lo hace juez de vivos y de muertos. Y el hecho de presentarlo glorioso y resucitado remite a una situación anterior que fue la pasión y la muerte. Todo esto viene acompañado de las nociones de fidelidad y veracidad, que quieren decir que corresponde a la realidad más íntima de la esencia de Dios no solo lo que constata sino lo que testifica: su fidelidad y su veracidad.

Hemos mencionado el último libro de la Biblia en el orden de los libros sagrados y que fue escrito más recientemente, a finales de los siglos I y II. Pero estos conceptos de fidelidad y de veracidad nos han recordado la música del Antiguo Testamento, en el que se funden en un mismo concepto los términos de verdad y fidelidad. El salmo 117/116, el más corto y que quizá sea el más conocido del Salterio, dice que «su fidelidad dura por siempre». Y esta «fidelidad», en otras lenguas se traduce por «verdad»: «*veritas Domini manet in aeternum*». Hasta en la liturgia del tiempo pascual pone como antifona al salmo las palabras de Jesús «Yo soy el camino, la *verdad* y la vida», y el juego de palabras entre antifona y salmo se pierde en las lenguas que dicen que es

«la fidelidad» del Señor la que dura por siempre. Es necesario remarcar todo esto para mostrar que fidelidad y verdad para la Biblia, y concretamente aplicadas a Jesucristo, son equivalentes. Y para recordar que tienen consecuencias prácticas para la vida cristiana. Efectivamente, el discípulo de Cristo, si se quiere identificar con su maestro, tiene que ser una persona fiel, veraz, que encuentra en la autenticidad del Dios revelado el único referente posible de nitidez, de fidelidad, de verdad; porque, por contraste, tal como dice la misma Escritura, «los hombres son unos mentirosos» (Sl 116/115,11).

Que Jesucristo sea testigo fiel y veraz, proviene de su unidad con el Padre y el Espíritu. La encarnación del Hijo de Dios no fue sino la revelación a la humanidad de que Dios es fiel y veraz. En él llegan a la plenitud las cuatro actitudes de Dios que el salmo que habla de fidelidad a las promesas hechas a David describe como: «no retirar el favor, ni desmentir la fidelidad, ni violar la alianza, ni cambiar las promesas» (cf. Sl 89/88,34-35), en contraste con la posible actitud humana de «abandonar la ley, no seguir los mandamientos, profanar los preceptos, no guardar los mandatos» (cf. vv. 31-32).

Jesucristo, pues, por su fidelidad y veracidad merece también el título de «Amén» de Dios. El profeta Isaías ya anunciaba que «quien jure en el país, por el Dios del amén jurará» (65,16), es decir, el Dios sólido, digno de fe. Que Jesús, con su trayectoria humana, haya mostrado que Dios es fiel y veraz, lo explica muy gráficamente san Pablo cuando quiere describir la solidez de su mensaje: «Jesucristo, el Hijo de Dios a quien os hemos anunciado Silvano, Timoteo y yo, no ha sido un sí y un no; en él todo ha sido un sí, pues todas las promesas de

Dios se han cumplido en él. Por eso el ‘amén’ con que glorificamos a Dios lo decimos por medio de él» (2Co 119-20).

El evangelio según san Juan, que es el que contiene más afirmaciones sobre Jesús en primera persona sobre su propio origen y su misión, por eso es también el que expresa con más contundencia la autoridad de Jesús en relación con el aval que el Padre que le ha enviado hace de su misión. Para poner un solo ejemplo, el capítulo 5 contiene todo un despliegue argumental sobre el tema:

Si me presentase como testigo de mí mismo, mi testimonio carecería de valor. Es otro el que testifica a mi favor, y su testimonio es válido. Vosotros mismos enviasteis una comisión a preguntar a Juan, y él os dio testimonio a favor de la verdad. Y no es que yo tenga necesidad de testigos humanos que testifiquen a mi favor; si digo esto, es para que vosotros podáis salvaros. Juan el Bautista era como una lámpara encendida que alumbraba; vosotros estuvisteis dispuestos, durante algún tiempo, a alegraros con su luz. Pero yo tengo a mi favor un testimonio mayor que Juan. Una prueba evidente de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que el Padre me encargó llevar a cabo. También habla a mi favor el Padre que me envió, aunque vosotros nunca habéis oído su voz ni visto su rostro. Su palabra no ha tenido acogida en vosotros; así lo prueba el hecho de que no queréis creen en el enviado del Padre. Estudiáis apasionadamente las Escrituras, pensando encontrar en ellas la vida eterna; pues bien, también las Escrituras hablan de mí (vv. 31-39).

Este aval de la misión de Jesús en relación con la verdad de Dios es tan fuerte, que él mismo define de este modo la promesa del Espíritu: «Cuando venga el Paráclito, el

Espíritu de la verdad que yo os enviaré y que procede del Padre, él dará testimonio sobre mí» (Jn 15,26). Por este motivo, delante de Pilato, puede testificar: «Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso nací y para eso vine al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37). De este modo podemos entender mejor que profesar la fe cristiana no es otra cosa que dar testimonio de la verdad de Dios. Toda la misión de Cristo en este mundo es un combate contra el espíritu del mal, el espíritu de la mentira. San Pablo llegará a escribir: «Porque nuestra lucha no es contra adversarios de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los que dominan este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que tienen su morada en un mundo supraterráneo» (Ef 6,12). Y el mismo Jesús, que al inicio de su ministerio pasa cuarenta días en el desierto donde es tentado por el diablo (cf. Mt 4,1-11 par.), no deja de presentar la pasión como «la hora del poder de las tinieblas» (Lc 22,53).

La pasión y la muerte de Nuestro Señor fueron un momento de tensión, podríamos decir cósmica e histórica. En efecto, la fidelidad y la veracidad de Dios que fueron sostenidas por obediencia de Jesús a la voluntad del Padre se encuentran cara a cara con el atractivo del Tentador. Que Jesús mismo no deja de llamar «mentiroso por naturaleza y padre de la mentira» (Jn 8,44). Esta lucha, y no solamente la tensión, la describe muy bien la densa afirmación de la bellísima secuencia de Pascua cuando afirma que «*mors et vita duello conflixere mirando, dux vitae mortuus regnat vivus*» («La muerte y la Vida se enfrentaron en lucha singular. El dueño de la Vida, que había muerto, reina vivo»). Efectivamente, muerte

y vida no son solamente dos realidades contrapuestas sino que indican una lucha encarnizada. Muerte y vida también en el sentido que vamos describiendo, es decir, por un lado falacia y mentira del espíritu del mal y por otro lado verdad, fidelidad, autenticidad de Dios. Pasar de uno a otro es un tránsito, una Pascua, que no se despliega espontáneamente o por fatalidad –aquí es válido para Jesús lo que hemos señalado sobre los mártires– sino que es fruto del plan de Dios, que para salvar os hombres convierte el mal en bien.

2. El cristiano a través de Jesús se convierte en testigo

Tratamos aquí el núcleo del cristianismo, el misterio pascual. Es el núcleo de nuestra fe, porque encontramos la acción de la Trinidad en la salvación obrada a través de Jesucristo y porque nos da a conocer esta salvación como primicia, como prenda de nuestra salvación. Este paso, pues, de Jesucristo al Padre no tendrá perfección completa, no se habrá cumplido totalmente hasta que junto con él hayan pasado efectivamente todos sus miembros, todos los cristianos. El misterio pascual de Nuestro Señor es el inicio de nuestro propio misterio pascual; nuestro destino forma un todo con el destino de Jesucristo.

Por esto, contemplar el misterio pascual de Cristo es contemplar y entender mejor nuestro propio misterio: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado», nos recordaba el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes* 22). Es entender que, como Jesucristo, por la muerte, tenemos que resucitar, y por

la resurrección tenemos que subir al cielo, a la casa del Padre. Por esto la celebración litúrgica de la Pascua nos hace ser conscientes de nuestro destino, de nuestra inclusión en el misterio de Cristo y nos hace vivir con mayor intensidad nuestra fe cristiana.

Esta fe, la profesamos –la testificamos– evidentemente cuando recitamos con plena consciencia el Credo, profesión de fe que siempre ha estado vinculada al rito del bautismo, que es la puerta de la vida de Cristo. Pero también la profesamos con nuestra vida, cuando lo que decimos de palabra tiene una traducción de los hechos de la vida de cada día. De ahí la íntima conexión que hay entre fe y caridad, unidas la una a la otra a través de la tercera virtud teologal que es la esperanza.

Nuestra fe, en definitiva, es la fe en la verdad y la fidelidad de Dios, de las cuales daba testimonio Jesús delante de Pilato. Por esto, la Primera Carta a Timoteo, con una misma expresión, vincula el testimonio del cristiano con el que Jesús da en el momento supremo de auto-definirse como testigo de la verdad:

Mantente firme en el noble combate de la fe, conquista la vida eterna para la cual has sido llamado y de la cual has hecho solemne profesión delante de muchos testigos. Te exhorto ante Dios, que da la vida a todas las cosas, y ante Jesucristo, que dio testimonio de la verdad ante Poncio Pilato, a que guardes este precepto sin mancha ni culpa hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (6,12-14).

3. Dar testimonio hasta el extremo

En una ocasión el papa Pablo VI se preguntaba: «¿El cristianismo es fácil o difícil?». Parecería que, por todo lo que estamos afirmando, el cristianismo se nos presenta exigente. Y lo es. Cuántas veces, con tal de ser consecuente con su fe, el cristiano tiene que ir a contracorriente. Cuántas veces, cuando Jesús dice: «Echad vuestras redes para pescar», le vienen al corazón las palabras de los apóstoles: «Maestro, nos hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada» (Lc 5,5). Pero también es verdad que no le dejan indiferente las que vienen a continuación: «Pero puesto que tú lo dices, echaré las redes.» Y es que la asimilación del evangelio, para la lectura personal o para la audición en la celebración litúrgica, va penetrando en su interior y lo va haciendo más cristiano. Por esto no sorprende la reacción de san Ignacio de Antioquía cuando escribía yendo hacia el martirio: «Ahora empiezo a ser discípulo» (*Ad Rom.* 5,13).

Es así que el contacto con la palabra de Dios nos hace conocer no solo la misión de Jesucristo, sino también la de los discípulos. Tanto si se trata de las narraciones evangélicas, que nos muestran cómo Jesús forma el nuevo pueblo de Dios –las doce tribus del nuevo Israel, que diría él (cf. Lc 22,13)–, como si leemos los hechos de los Apóstoles y sus escritos, vamos encontrando un perfil de cristiano. Es un perfil que, como vemos en los santos, da una paz interior que no se puede encontrar en ningún otro lugar porque es la paz que el Señor resucitado ofrece a los suyos. Una paz y un coraje para trabajar para esta realidad tan indescriptible como es

el Reino de Dios y que se concreta en el vivir según el Espíritu.

Pero es una paz que no está desvinculada paradójicamente de lo que Jesucristo dice tajantemente:

Os echarán mano y os perseguirán, os arrastrarán a las sinagogas y a las cárceles, y os harán comparecer ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Esto os servirá para dar testimonio.

Y aún:

Hacedos el propósito de no preocuparos por vuestra defensa, porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios. Seréis entregados incluso por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos; y a alguno de vosotros os matarán. Todos os odiarán por mi causa. Pero ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. Si os mantenéis firmes, conseguiréis salvaros (Lc 21,12-19).

Los testimonios que forman parte de la historia contemporánea muestran que el fenómeno del martirio es universal. El historiador y también político Andrea Riccardi dedicó un libro entero a describir los mártires del siglo XX, que son más numerosos que los del conjunto de la época del imperio romano (*Il seccolo del martirio. I cristiani nel novecento*, Roma, 2000). Él calcula que llegan a tres millones. Como fundador de la célebre comunidad de Sant'Egidio promovió que la basílica de san Bartolomé de Roma contenga en cada capilla objetos y recuerdos de estos mártires contemporáneos. Y trabajó para desbloquear la causa de Óscar A. Romero.

El papa Francisco también ha hablado del tema más de una vez. En una de sus homilías de la misa que acostumbra a celebrar diariamente en la capilla de la hospedería Santa Marta donde vive, dijo, comentando el evangelio:

Me atrevo a decir que puede que haya igual o más mártires ahora que en los primeros tiempos, porque a esta sociedad mundana, a esta sociedad tranquilona, que no quiere problemas, le dicen la verdad, anuncian a Jesucristo... Existe la pena de muerte o la cárcel por tener el evangelio en casa, por enseñar el catecismo, hoy en muchos lugares. Me decía un católico de estos lugares que ellos nos pueden rezar juntos. ¡Está prohibido! Solo pueden rezar solos y escondidos. Los que quieren celebrar la Eucaristía ¿cómo lo hacen? Hacen una fiesta de cumpleaños, simulan celebrar un cumpleaños y allí celebran la Eucaristía, antes de la fiesta. Ha sucedido que cuando ven que llegan los policías, esconden todo y dicen: ‘Felicidades, muchas felicidades’, y continúan con la fiesta. Después cuando se van los policías, terminan la Eucaristía. Así deben hacer, porque está prohibido rezar juntos. ¡Hoy! Y esta historia de persecuciones es el camino del Señor, es el camino de los que siguen al Señor. Pero, al final, termina siempre como el Señor: ¡con una Resurrección pero pasando por la Cruz! (*Homilía* 4 abril 2014).

En este contexto encontramos solidez doctrinal en las palabras mencionadas en el Concilio Vaticano II:

El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor, Y, si es don concedido a

pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia (*Lumen Gentium* 42).

Tenemos ejemplos constantemente. Para decir solamente uno, es bastante conocido el caso, en Pakistán, de Asia Bibi. Esta mujer cristiana lleva años condenada a muerte por blasfemia. Esperando la sentencia definitiva, su proceso ha sido reenviado *sine die* varias veces y sin motivaciones creíbles. Los jueces, temiendo represalias por parte de los fundamentalistas islámicos, se han negado a tomar una decisión. Asia Bibi declaró:

Hoy, para mí, no hay lugar en el tribunal, no hay ocasión o lugar para que yo pueda demostrar mi inocencia. Rezo y espero que un juez reciba la luz de Dios y tenga la valentía para ver la verdad. Me veo en la cruz de Cristo, en la certeza de que muchos hermanos y hermanas en todo el mundo me están cerca y están rezando por mí.

Y añadió:

Cuando Cristo resurja, el día de Pascua, Él decidirá una nueva vía de justicia para mí, me llevará consigo a un reino en donde no hay injusticia ni discriminación. Cristo prometió que resurgiré con Él.

Mientras tanto, ella vive en la soledad de una de las celdas de la prisión, aferrada a la lectura de la Biblia.

Aquí me gustaría citar unas palabras un poco olvidadas de una encíclica de san Juan Pablo II. Quizá, el carácter de este Papa procedente del Este y que vivió parte de su vida frente a un ateísmo constituido de hecho en reli-

gión de Estado sobra en ciertas latitudes. Pero es bueno, para despertarnos un poco del cristianismo burgués a que el Primer Mundo está demasiado acostumbrado, leer estas líneas profundamente impregnadas de espíritu cristiano:

El martirio es un *signo preclaro de la santidad de la Iglesia*: la fidelidad a la ley santa de Dios, atestiguada con la muerte es anuncio solemne y compromiso misionero «*usque ad sanguinem*» para que el esplendor de la verdad moral no sea ofuscado en las costumbres y en la mentalidad de las personas y de la sociedad. Semejante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo en la sociedad civil sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y del mal, que hace imposible construir y conservar el orden moral de los individuos y de las comunidades. Los mártires, y de manera más amplia todos los santos en la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada totalmente por el esplendor de la verdad moral, iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral. Dando testimonio del bien, ellos representan un reproche viviente para cuantos transgreden la ley (cf. Sb 2,2) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: «¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!» (Is 5,20). Si el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral, al que relativamente pocos son llamados, existe no obstante un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios. En efecto, ante las múltiples

dificultades, que incluso en las circunstancias más ordinarias puede exigir la fidelidad al orden moral, el cristiano, implorando con su oración la gracia de Dios, está llamado a una entrega a veces heroica (Enc. *Veritatis splendor* 93).

Esta encíclica de Juan Pablo II llevaba por título *El esplendor de la verdad* y nos sugiere una oración de la liturgia, que dice así: «Padre de Bondad, que por la gracia de la adopción nos has hecho hijos de la luz, concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad» (Domingo XII del tiempo ordinario).

Realmente, la verdad de Dios de la cual viene Jesucristo a dar testimonio en este mundo por el misterio de su muerte y resurrección, resplandece para todo el que cree. Este testimonio aumenta la confianza en la fidelidad inagotable de Dios. Mueve a los creyentes a ser coherentes cada día. Hace dos mil años que, detrás del Maestro, la verdad de Dios resplandece. Y el cristianismo lo confirma anualmente en la celebración de la Pascua.